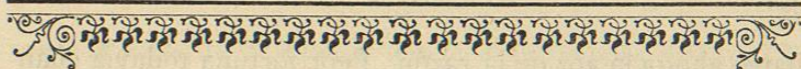


su corazón; hacía concebir risueñas esperanzas para el porvenir de aquellos niños, y por consecuencia, de la Iglesia y de la sociedad.

¡Ojalá que estos dos opúsculos filosóficos fuesen leídos, meditados, aprendidos de memoria principalmente por los maestros que tienen sus reuniones para tratar de pedagogía! y sobre todo, deben ser practicados por cuantos de algún modo intervienen en la educación de la juventud, y que las leyes relativas á la enseñanza se conformen á tan sabias prescripciones. ¡Triste, lamentable desengaño! todo es inútil ante el fanatismo del error: todo se estrella contra el odio que á la Iglesia se profesa: todo viene por tierra al contacto del interés particular y de la ignorancia.



#### CAPÍTULO IV.

### EL PENSAMIENTO Y SU ENUNCIACION.

#### I

#### DE QUÉ SE TRATA.

**E**NTRE las obras filosóficas del Illmo. Sr. Munguía, descuella en primer término la intitulada:

*“Del pensamiento y su enunciación, considerado en sí mismo, en sus relaciones y en sus leyes, ó sea, — La Psicología, la Ideología, la Gramática general, la Lógica, la Retórica, la Poética y la Crítica, llamadas á la unidad de sus principios por un nuevo método de exposición.”*

Es la primera obra por su importancia filosófica, por el gran pensamiento que entraña, por lo vasto de la concepción y la extensión misma del desarrollo que quiso darle su autor.

Reclama reposado é imparcial examen, pero traspasaríamos demasiado los límites de nuestro humilde trabajo, si le siguiésemos paso á paso y en todos sus detalles, así es que nos limitaremos al estudio general.

Mala fortuna es sin duda la de un libro que se lanza al público, cuando la sociedad se encuentra fuertemente agitada por las pasiones políticas, cuando el ruido de los com-

bates ahoga la voz de la razón. Peor fortuna todavía cuando el gusto dominante no es por obras del género del libro. ¿Se ha leído suficientemente "*El pensamiento y su enunciación?*" ¿Se ha meditado? ¿Se ha enseñado según ese plan que abarca mucho y tiende á la unidad? Para la enorme variedad de materias que se enseñan en los colegios del Gobierno, la idea de refusión es sobre manera provechosa.

Dominado el sabio escritor por el nobilísimo empeño de poner sus conocimientos á servicio de la juventud; consagrado en cuerpo y alma á procurar la buena marcha de su querido Seminario; tendiendo su escrutadora mirada á los establecimientos científicos; dando su lugar á los adelantos, y acomodándose á las exigencias de la época, creyó que todo podría conseguirse adoptando un buen método. Celoso como pocos, después de manifestar esta verdad con abundancia de razones, como lo hemos dicho en los anteriores capítulos, emprende el arduo trabajo de una refusión.

La psicología, la ideología, la gramática general, la lógica, la retórica, la poética y la crítica: ved ahí siete materias que en lo general se tratan y enseñan separadamente, sin que por esto sea posible que los tratadistas ó maestros dejen de hacer incursiones respectivamente en los otros campos, lo cual quiere decir que tales materias tienen mucho de común, que son ciencias hermanas, y que pueden aprenderse simultáneamente subiendo á más elevado punto de vista, es decir, "llamándolas á la unidad de sus principios" para expresarnos con el Sr. Munguía; por manera que en semejante refusión no pierdan, si así se quiere, su individualidad científica, sino que pasen á formar parte de una comprensión sintética, armónica. No importa que por razón del organismo que con ellas se construya, desaparezca el nombre que les corresponde estando aisladas, este será asunto meramente secundario, puesto que existen realmente y en toda su extensión.

El método, ya lo hemos dicho, servirá para simplificar las materias, ganar tiempo, entender mejor y retener con más facilidad y tenacidad.

Admiremos en aquella alma tan simpática, la extensión de los conocimientos, la profundidad adonde llega su penetración, el poderoso aliento que la elevó sobre sí misma para dominar la rutina y ordenar sus ideas hasta el grado que hay que reconocer en sus obras. Admiremos esa bella alma que, en la exposición metódica de las sanas doctrinas, no pierde de vista dos elevadísimos fines: 1º, la difusión de las ideas filosóficas de su escuela, haciéndolas más asequibles, más humanas, sin desdeñarse de atender y aprovechar la gran filosofía que sin reflexionar en ella posee el vulgo; 2º, impedir que la aglomeración de materias entorpezca el paso progresivo del aprendizaje de las ciencias.

Fijemos nuestra atención en ésto: vivimos en una época de febril inquietud: nuestra sed ardiente de saber, lejos de mitigarse con los sorprendentes descubrimientos de las ciencias físicas, se exagera más y más; acudimos y aplicamos nuestros labios á todos los manantiales, sin que nos importe que el agua que surten esté turbia ó envenenada. Vamos de prisa, muy de prisa, y nos entristece que la muerte nos sorprenda sin que hayamos satisfecho la pueril vanidad de haber tocado siquiera todas las corrientes. Pues bien, en medio de ese loco anhelo por la universalidad de los conocimientos; cuando por galantear á esa especie de necesidad que se ha impuesto el siglo en que vivimos, los programas de estudios abarcan casi todo lo que hay que saber, ¿no es una idea luminosa la que llame un grupo considerable de materias á la unidad de sus principios? ¿no es una idea benéfica la que ponga freno á la pedantería que es uno de los peores enemigos de la ciencia, y que por desgracia toma alarmante incremento, merced á los imperfectos programas de enseñanza y educación?

Hay que luchar, es cierto, contra la ridícula moda de aparentar gran movimiento intelectual, aglomerando indistintamente lenguas antiguas y modernas con sus gramáticas que nunca perdonan las repeticiones; las ciencias exactas, las ciencias de raciocinio, las ciencias morales, algo de cada cosa con sus correspondientes prevenciones en contra del catolicismo. Quizá tenga que tropezarse con dificultades hasta hallar talentos comprensivos, bien organizados, que sepan imponerse á los estudiantes, haciendo palpable la grande utilidad del método. ¡Ah! en verdad que no es cosa fácil la acertada elección de maestros; pero mucho se caminará con la acertada elección de directores. Se disminuiría el número de profesores en unos casos, y en todos se convendrían de antemano en academias ad hoc para dar unidad al plan: cambiaría radicalmente, como es natural, el método de estudios, pero se fecundarían muchos talentos, aun los mediocres entrarían á un medio favorable, siendo por consecuencia más provechosos para sí y para la sociedad en que viven.

No nos detendremos aún en el fundamento de su refusión, porque esto dará materia al párrafo II, atendamos ahora al conjunto que abarca el "*El pensamiento y su enunciación*," la esencia del uno y de la otra, sus relaciones con el objeto y con el sujeto, sus mutuas relaciones, las leyes que los gobiernan en todos sentidos, ¡qué horizontes tan ilimitados! Allí se descubren las ideas, los actos ó las operaciones que las engendran, las sensaciones que les dan ocasión próxima ó remota, las facultades de donde nacen, las modificaciones que admiten, el alma donde radican las facultades, los atributos esenciales de ésta: la palabra, ser misterioso, expresión del objeto que significa y del pensamiento que manifiesta, sus relaciones con ambos, la verdad en la palabra, la belleza en la palabra, etc., etc., van desfilando en orden admirable y majestuoso bajo la pluma del eminente es-

critor que con finísimo tacto, con expedición, con maestría, los analiza, los compone, los combina y quedan al cabo como bañados de vivísima luz.

En el cuarto párrafo nos ocuparemos en emitir nuestro humilde juicio sobre el desempeño práctico de esta teoría, é indicaremos las opiniones del autor en cuestiones discutibles aun entre los filósofos católicos.

A pesar del inmenso aliento y de la grande y fecunda idea que preside al trabajo del Illmo. Sr. Munguía, ¡sabio verdadero! se contenta con muy poco. Desea sólo llamar la atención sobre el método de estudios comparados. Por lo demás, la obra no es, ante su modestia, más que humilde ensayo, un ejemplo práctico que puede aceptarse ó no; pero que en todo caso deja en pie la idea capital, para otro que con más feliz acierto haga sus aplicaciones.

Y ¿qué fuentes han de servir al Sr. Munguía? Dejémosle la palabra, pues brevemente nos responderá.

"Sin aspirar á un título de inventores, queriendo ser útiles antes que notables, prestar como de paso en la vida el servicio que nos pueda corresponder en nuestra corta esfera, cerraremos los libros sistemáticos, para entrar en el fondo de la sociedad; abandonaremos á los filósofos para estudiar á los hombres; apelaremos á la tradición para reparar el estrago de los sistemas; á la fe, para rehabilitar á la razón en sus derechos, y al orden providencial de la inteligencia y del corazón, con el fin de reincorporar la juventud estudiosa en los amplios, luminosos y seguros senderos de la verdadera filosofía.

"Buscaremos al efecto donde quiera la correspondencia exacta de los principios que acabamos de establecer, nos haremos á la parte del vulgo, aun echando sobre nosotros la sarcástica burla de los filósofos. Después de nuestros análisis psicológicos é ideológicos, diremos como dice el hombre del pueblo, que el alma tiene tres potencias, *inteligencia*,

*memoria y voluntad*: la primera, para depurar los hechos, descubrir y ordenar las relaciones, conocer y aplicar las leyes; la segunda, para depositar todo esto como la historia de lo que se entiende, se quiere y se posee; y la tercera, para moverse en un sentido moral, esto es, en la gerarquía legítima del principio de la existencia humana, en la concordia consiguiente á las relaciones, y bajo el influjo constante de las leyes. De esta manera, *los hechos, las relaciones y las leyes*, afectarán igualmente á las tres potencias de nuestra alma, y depuradas, formarán sus todos relativos á cada potencia, quedando *los hechos* en la memoria, las *relaciones* en la inteligencia, y las *leyes* enfrente del albedrío para regir el paso de la voluntad del hombre.

“Plegándonos al buen sentido del género humano, reconoceremos los derechos de la razón y los derechos de la autoridad; incorporándonos en la esfera de la escuela católica, emplearemos todos los recursos que ella proporciona para demostrar las leyes fundamentales, ó sean los principios generadores de las ciencias filosóficas y morales. De esta suerte, concluídas estas materias, podremos partir á investigaciones de otro orden, donde dilatarán más y más á la razón de nuestros lectores la esfera de los conocimientos. Entonces podremos ver y demostrar cómo el catolicismo es el verdadero y único agente de civilización en los tiempos modernos, vendremos á concluir que la razón y la fe, la naturaleza y la gracia, ya en el individuo, ya en la sociedad, conciertan la convicción con la creencia, la libertad con el orden, la obediencia con el derecho, el individuo con la familia, la familia con la nación, la nación con el género humano, y el género humano con Dios Creador, Conservador, Legislador Supremo, y Árbitro Soberano de los destinos del hombre.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “Del pensamiento y su enunciación.” Introducción. VI. Fuentes de la doctrina.

## II

## FUNDAMENTO DE LA REDUCCIÓN.

Con lo que hemos dicho se descubre ya el punto de vista que escoge el Sr. Munguía: las ciencias y las artes, todos los humanos conocimientos constan en su totalidad de los tres indispensables elementos que por dos veces hemos indicado, y son, *hechos, relaciones y leyes*; ó en otros términos, historia, filosofía y derecho. En cualquiera ciencia ó arte, hay una parte que estudia los hechos; otra las diversas relaciones de los hechos entre sí y con el fin, y la tercera, que establece las reglas que conducen á conseguirlo. No hay cuestión en cada ciencia que no quepa en estas divisiones.

Ved aquí ya un primer círculo en que pueden encerrarse las ciencias que trata de refundir el Sr. Munguía, y los hechos, las relaciones y las leyes de todas ellas caben en el estudio del “Pensamiento y su enunciación.”

Pero veamos más de cerca el método.

El primer hecho de que la conciencia nos da testimonio, es de la idea, ó, si se quiere, del conocimiento; éste puede considerarse en sí mismo y con relación á la facultad que lo produce, y por consecuencia nos lleva al estudio del ser ó substancia donde radicalmente existe. Hay la coincidencia de que, así como el pensamiento es inexplicable sin la facultad y el ser, del mismo modo, en cuanto á nuestra manera mediata de conocer, las facultades y la esencia son inexplicables sin el pensamiento. Tenemos ya la ideología y la psicología, sin salir del pensamiento en su existencia y relaciones y leyes.

El mismo pensamiento es tan inexplicable sin el objeto, como lo es sin el sujeto. Si pensamos hay quien piense y